

EL MITO DE EROS Y PSIQUE: MIRADA Y DESEO DE ALTERIDAD

The Myth of Eros and Psyche: Gaze and Desire of Alterity

Olaya Fernández Guerrero

Universidad de La Rioja
olaya.fernandez@unirioja.es

Resumen:

Este artículo, basado en una interpretación del mito griego de Eros y Psique, explora el sentimiento amoroso a partir de las nociones de mirada y alteridad. La tesis central es que la pasión erótica emerge primordialmente a través del sentido de la vista: la mirada se dirige hacia el ser amado y va acompañada de un impulso de unión que es descrito como deseo de alteridad.

Palabras clave:

Alteridad, amor, eros, mirada

Abstract:

This paper, based on an interpretation of the Greek myth of Eros and Psyche, explores the feeling of love focusing on the notions of gaze and alterity. The core thesis is that erotic passion emerges primarily through the sense of sight: the gaze is directed towards the loved one and comes together with an impulse of union that is described as a desire for alterity.

Keywords:

Alterity, Eros, Gaze, Love

Recibido: 23/04/2019

Aceptado: 30/05/2019

*¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!*

Gabriela Mistral

INTRODUCCIÓN: MIRADA AMOROSA, MIRADA DESEANTE

En el mundo griego clásico estaba muy extendida la creencia de que la pasión amorosa se suscitaba principalmente a través de la mirada. Las primeras hipótesis sobre el funcionamiento de la vista surgen con Pitágoras, que consideraba que la luz emanaba del ojo y se propagaba en línea recta formando rayos luminosos que, al chocar con los cuerpos, producían la visión. En esta misma línea, Empédocles y Platón pensaban que los ojos emitían partículas de luz que chocaban con un efluvio material desprendido por los objetos, y a partir de ahí se originaba la sensación de la visión. El estoicismo desplegará una explicación más detallada de esta cuestión, al afirmar que existen efluvios atómicos que se desprenden de los objetos y viajan a través del *pneuma* hasta alcanzar los ojos, y posteriormente el alma, del vidente (Sambursky, 1990). En consonancia con todas estas teorías físicas, los griegos entendieron el amor como un sentimiento de origen óptico, y con connotaciones ígneas: la contemplación de un ser bello es la chispa que enciende el fuego del erotismo.

Según esta tesis, que pervive hasta nuestros días, el contacto visual con la persona amada activa los mecanismos del amor y del deseo, si bien esa contemplación no está exenta de paradojas y complejidades que hacen que el juego amoroso tenga innumerables reglas e infinitos itinerarios posibles. El presente estudio se ocupa de la dimensión más intensa del amor, el 'eros', es decir, "el amor que sentimos cuando estamos enamorados, pero en el sentido más fuerte y verdadero del tema" (Comte-Sponville, 2012: 33), dejando a un lado otras nociones también presentes en el ámbito heleno: el amor fraternal (*philia*), el cariño paterno y materno (*storgé*), o el afecto desinteresado (*ágape*).

Este análisis parte de la consideración de que en la mirada erótica siempre está implícito un deseo de alteridad, una búsqueda y anhelo del Otro con el que el amante ansía conectarse y fundirse, ya que "el amor no se dirige ni a la persona, ni a sus particularidades, sino que se refiere al enigma del otro, a su distancia, a su incógnito" (Finkielkraut, 2008: 51). En ese horizonte afectivo el objeto amoroso comparece "en cuanto otro, no comprensible dentro de lo idéntico" (Samonà, 2005: 58), es decir, como alteridad. Sin embargo, el impulso erótico tiende a percibir -o al menos a imaginar- esa alteridad como cercana y alcanzable, experimentada como un 'afuera' del que el amante desea apropiarse, cancelando así la distancia que lo separa y aísla del objeto amado, ya que "la posesión es la forma por excelencia bajo la cual el Otro llega a ser el Mismo llegando a ser mío" (Levinas, 1999: 70). La mirada enamorada se abre a la alteridad de un modo específico, en tanto que se dirige intencionalmente hacia el ser amado con la pretensión de

abarcarlo, apropiarse de él y completar, mediante la conexión entre amante y amado, esa carencia inicial que experimenta quien ama, pues “cada cual ama precisamente lo que le falta” (Schopenhauer, 1970: 37).

Esta noción del amor como apertura hacia lo otro ya está implícita en los diálogos platónicos, especialmente en el *Banquete*, pero además aparece en numerosos mitos clásicos donde se narran diversos encuentros -y desencuentros- amorosos. De entre ellos, destaca singularmente el de Eros y Psique, que refleja de modo paradigmático esa concepción de la mirada erótica como mirada deseante volcada hacia la alteridad. Para este análisis se ha elegido la versión del mito recogida por Apuleyo en *El asno de oro*, ya que ofrece un relato amplio y detallado de ese idilio amoroso. El autor latino narra cómo el dios del amor sucumbe a los efectos de la pasión, lo que da lugar a un complejo juego de miradas lícitas e ilícitas que se intercambian los dos protagonistas del mito. Las tensiones y conflictos que surgen entre el dios Eros y la princesa Psique se reinterpretan aquí en el marco de una alteridad ontológica que obstaculiza, en principio, la relación entre los amantes. Las miradas deseantes de ambos personajes son un elemento central de esta historia, ya que les proporcionan el impulso necesario para vencer las dificultades y superar las barreras que los separan, colmando finalmente su deseo de comunión amorosa.

EROS, UN DIOS ADORADO Y TEMIDO

En la mitología griega surgen, ya en época temprana, las primeras referencias a la figura de Eros. Así, la *Teogonía* de Hesíodo, del siglo VIII a. n. e., sitúa a nuestro dios en la primera de las cuatro generaciones de las que surgen todas las deidades olímpicas. El poeta griego alude al Caos como lo absolutamente previo a toda divinidad, y relata que junto con el Caos surgen Gea, la Tierra, y Eros, el amor (Hesíodo, 1990). Según esta interpretación Eros fue el primero de los dioses y sin él ninguno de los demás habría podido nacer, ya que el amor posibilita que los dioses se unan y engendren a otros seres de linaje divino. Otras fuentes clásicas refieren que Eros era hijo de Afrodita y de Hermes o de Ares, o incluso de Zeus (Graves, 2016: 24-25).

En el ámbito filosófico de la Grecia clásica, Platón es el autor que mayor atención dedica al sentimiento amoroso; en su *Banquete* aborda de manera prolija la cuestión de Eros y sus múltiples facetas. Fedro, uno de los interlocutores de este diálogo platónico, elogia al dios del amor y lo describe como “el más antiguo, el más venerable y el más eficaz para asistir a los hombres, vivos y muertos, en la adquisición de virtud y felicidad” (*Symp.* 180b), atribuyendo así al sentimiento amoroso un papel principal en la búsqueda y consecución de la eudaimonía.

A continuación, Pausanias menciona la existencia de dos Eros distintos, uno descendiente de Afrodita Pandemo, que provoca una pasión inestable y efímera, y otro emparentado con Afrodita Urania, causante de un afecto más firme e incondicional (*Symp.* 180c-185c). El primer Eros se asocia con la dimensión física y carnal del deseo amoroso, mientras que el segundo es responsable de inducir un sentimiento menos intenso y más prolongado en el tiempo, que sienta las bases de una relación sólida entre los integrantes de la pareja. Esta oportuna matización

permite distinguir entre la simple atracción física y otras formas de amor más complejas en las que participan planos emocionales de mayor profundidad.

En el diálogo platónico interviene también Aristófanes, que narra el conocido mito del andrógino y asocia a Eros con el impulso de cada alma para reencontrarse y unirse con su mitad original, de la que fue separada por un castigo divino (*Symp.* 189d-193e). Esta interpretación, que denota gran idealismo, asocia al amor con “la exclusividad, la perpetuidad, la felicidad y la fusión” (Comte-Sponville, 2012: 40). El sentimiento amoroso aparece ligado a un deseo de alteridad, pues cada individuo está inmerso en la búsqueda incansable de su mitad cercenada y se afana en alcanzar la plenitud y el máximo goce a través de la reconexión con su *alter* complementario, ya que “el amor es el yo satisfecho por el tú, el que encuentra en otro la justificación de su ser” (Levinas, 2001: 34) y colma así su deseo de alteridad. Cuando experimentamos la pulsión erótica, entendida en estos términos, “lo que aspiramos a poseer no es un cuerpo, sino un cuerpo animado por una conciencia” (Merleau-Ponty, 1945: 195), es decir, buscamos apropiarnos del otro en todas sus facetas, aprehenderlo en su totalidad sin fisuras.

Otro aspecto destacado de la figura del andrógino es la combinación de identidad y alteridad hacia la que apunta. Este ser es portador de una identidad primera, de tipo dual, que se disocia como resultado de la intervención divina y resulta en un desgajamiento de dos mitades, cada una con su identidad propia, sin embargo esa identidad es vivida y experimentada principalmente como incompletud, como carencia y añoranza de la mitad escindida. Esto provoca un movimiento afectivo, un recorrido por los caminos del amor para intentar restaurar la identidad originaria y binaria, resuelta y contenida en ese núcleo de alteridad-identidad que une recíprocamente al ser amante y al ser amado.

Asimismo, en este pasaje platónico se atribuyen al sentimiento amoroso ciertas notas de predestinación y de teleología, pues el ser humano solamente restablecerá su equilibrio originario cuando se reúna con ese otro ser humano específico al que estaba ligado en el momento de su creación. De ahí se sigue que el amor verdadero, estable y totalmente satisfactorio para ambos miembros de la pareja puede surgir solo una vez, cuando las dos partes ontológicamente conectadas se reencuentran y se funden. Como se verá más adelante, esta concepción del amor como unión y armonía total entre los dos amantes está presente en el desenlace del mito de Eros y Psique.

Concluido el discurso de Aristófanes, el *Banquete* prosigue con la exposición de Sócrates, quien puntualiza que Eros no es propiamente un dios, sino un ‘demon’, ser intermediario entre los dioses y los humanos (*Symp.* 202d-203a). Le confiere además un origen dual, ya que es hijo de la riqueza y de la pobreza, lo cual explica su carácter austero y mendicante y, simultáneamente, su avidez por colmar sus carencias (*Symp.* 203b-d). Eros representa “el anhelo por algo que necesitamos, por algo que sabemos que nos falta” (Grube, 1987: 153), es el reflejo del deseo humano de alcanzar un bien externo, una alteridad que el individuo experimenta como ausencia que ha de ser superada y sustituida por la presencia y plenitud alcanzada mediante la unión con el objeto amoroso. Eros es, ante todo y sobre todo, un dios deseante, según la caracterización que Platón recoge en el *Banquete*: esta divinidad

busca la felicidad, la abundancia y la consumación de la unión con el ser amado, pero además induce ese deseo y esa búsqueda en todos los entes, humanos y divinos, sobre los que ejerce su influjo.

Abundando en esta idea, en *Fedro* se identifica a Eros con una ‘manía’, un trance o enajenación que los seres humanos experimentan cuando se enamoran, y que es interpretada positivamente como un don que procede directamente de la deidad del amor y que sitúa al individuo en la senda de la belleza y del bien. Como es sabido, Platón confiere a esta divinidad un papel preponderante en su planteamiento epistemológico, pues considera que el amor impulsa al alma a iniciar una búsqueda más allá de los límites inmediatos del mundo sensible y le insufla la energía necesaria para realizar el recorrido que la devolverá al mundo de las ideas. El mito de Eros y Psique alude metafóricamente a ese recorrido del alma que, inspirada por el amor, recorre todas las regiones divinas hasta alcanzar el Olimpo y vincularse al dios en un lazo indisoluble y eterno.

Con una visión menos celebratoria que la platónica, Apuleyo describe a Eros como un dios poderoso e implacable que atemoriza a todas las divinidades: “fiero y cruel, y venenoso como serpiente; el cual, volando con sus alas, fatiga todas las cosas sobre los cielos, y con sus saetas y llamas doma y enflaquece todas las cosas; al cual el mismo Júpiter teme, y todos los otros dioses se espantan; los ríos y lagos del infierno le temen” (Apuleyo, 1992: 90). No hay deidad capaz de eludir su poder, y más tarde o más temprano todas acaban sucumbiendo a la pasión desatada que sus flechas provocan. Otro autor latino, Ovidio, se refiere también a Eros como un dios caprichoso que se entretiene en disparar certeramente con su arco y provocar grandes tormentos a quienes reciben sus saetas (Ovidio, 1993: I.1-I.2). Sea como fuere, el amor llega a todos los rincones del universo y no hay criatura que logre sustraerse a sus efectos. Sin embargo, el episodio que aquí nos interesa y que analizaremos con más detenimiento es aquel en el que Eros se enamora: el dios del amor es víctima de sí mismo y padece, también él, los arrebatos de la pasión.

EROS Y PSIQUE ¿EL AMOR ES CIEGO?

El relato mitológico narra que, según los designios divinos ya anticipados por el oráculo de Apolo, Eros elige como consorte a Psique, una princesa mortal que sobresale por su hermosura. El dios padece voluntariamente los efectos de la pasión que él mismo induce, ya que se hiere a sí mismo con sus flechas para enamorarse de Psique, según refiere Apuleyo (1992: 106). Eros, responsable de tantas heridas ajenas, siente curiosidad por probar de primera mano los efectos de su poder y cede al sentimiento amoroso, si bien él parte con ventaja, pues es el único artífice de su enamoramiento y además escoge a la destinataria de sus afectos. Mientras las demás criaturas y divinidades son víctimas de los estragos de sus saetas, él tiene el privilegio de decidir cómo y cuándo usar su arco, y así hace con Psique.

De entre todas las mujeres, diosas o ninfas a las que este dios podría someter, se decanta por Psique, simbólicamente asociada al alma, lo cual sugiere que el amor verdadero consiste en sentir afecto por otra persona en toda su integridad, conocer y aceptar todas sus características externas e internas; no basta con amar los cuerpos bellos, es necesario amar también las almas bellas. En clave platónica, podría decirse

que el amor por la belleza de Psique suscita en Eros un sentimiento más profundo que lo lleva a amar otras cualidades bellas de su esposa: “la belleza particular, corporal, localizada en este mundo, provoca el amor y dirige el interés del enamorado hacia todas las bellezas, tanto exteriores como interiores, para culminar en el absoluto, en la Idea de Belleza” (Pájaro, 2008: 142).

En el mundo humano Psique es idolatrada por su apariencia física, pero ningún hombre da el paso de amar también su belleza interior. Los elogios a la hermosura de Psique provocan envidia a la mismísima Venus, la cual encarga a su hijo Eros que restablezca con su arte la justicia divina, y que induzca en la joven una pasión desmedida por algún hombre que sea despreciable y miserable en todos los sentidos posibles (Apuleyo, 1992: 89,106). El trágico destino que la diosa reclama para Psique tiene visos de castigo ejemplar, y no está exento de arbitrariedad e injusticia, ya que la princesa no se vanagloria de su imagen ni obtiene ventaja de ella. Pero Venus se tiene por la diosa más bella del Olimpo -entre otras razones, porque venció a Atenea y Hera en la célebre disputa por la manzana de oro (Cf. Guerber, 2000: 217-221)-, y el hecho de que una mujer mortal ensombrezca su fama y prestigio le resulta inadmisibles.

La hermosura de Psique es huera: es admirada por sus semejantes en tanto que objeto de contemplación, pero ningún hombre muestra interés en aproximarse a ella y conocerla en profundidad, como sí hará el dios Eros. La veneración de que es objeto no es buscada ni fomentada por Psique, sino que, al contrario, la joven “aborrecía en sí su hermosura” (Apuleyo, 1992: 90), pero ni su modestia ni su desdicha logran ponerla a salvo de la cólera de Venus¹. Afortunadamente para Psique, el dios Apolo entra en escena para prevenir la injusticia que se va a cometer contra ella. Las motivaciones del dios para contrariar a Venus son variadas, y diversos pasajes mitológicos aluden a la rivalidad entre ambos, desencadenada inicialmente porque Apolo revela a Hefesto, esposo de Venus, la relación amorosa que ella mantiene con Ares, dios de la guerra. Eros es el hijo nacido de esa unión.

Según el mito que aquí revisamos, Apolo dispone que Psique sea ataviada con ropas fúnebres y aguarde en lo alto de una montaña la llegada del esposo que le está destinado, y que pertenece al linaje inmortal (Apuleyo, 1992: 90-91). La muchacha es tocada por la gracia divina, pero para unirse a Eros debe abandonar su vida anterior, ‘morir’ simbólicamente y adentrarse en la alteridad radical y desconocida que los dioses han prefijado para ella. Desde las alturas, inicia una nueva etapa donde habrá de superar varias pruebas hasta hacerse con el favor y consideración de todas las deidades, Eros incluido.

Un viento recoge a Psique y la transporta hasta un lujoso palacio habitado por sirvientes invisibles que atienden con solicitud todas sus peticiones, si bien ella no puede verlos y únicamente escucha sus voces (Apuleyo, 1992: 93-94). Análogamente, la joven es privada de la posibilidad de ver a su esposo, ya que este

¹ La indignación que Venus siente hacia Psique la lleva a solicitar un castigo desproporcionado para ella. Esta pauta se repite en otros pasajes mitológicos, por ejemplo cuando Atenea convierte a Medusa en un monstruo como represalia por sus amoríos con Poseidón, mientras el dios sale impune del escarceo.

llega en medio de la noche y, ocultándose en las tinieblas, corteja a Psique. Él no consiente que ella lo vea, la relación entre ambos se establece y consolida a partir del oído y del tacto: los amantes dialogan y se abrazan, pero siempre en la más completa oscuridad. Eros es tajante, e insiste en pedir a su amada “que no intente descubrir su nombre, o vislumbrar su cara, ya que si ella hace algo así, él se verá obligado a dejarla y no volver más” (Guerber, 2000: 90). Él ya conoce a Psique, ha visto antes su rostro y su figura, admira tanto su belleza exterior como la interior, pero no hay simetría ni plena reciprocidad entre estos amantes, ya que él no permite que ella lo iguale y pueda contemplarlo y desvelar su identidad. Eros busca de este modo “manejar su propio rostro, servirse de él como de un arma, convertirlo en un sortilegio o en una superficie impenetrable” (Finkielkraut, 2008: 26). En este mito él ocupa una posición de superioridad y priva a su esposa de la oportunidad de conocerlo plenamente en todas sus facetas, por lo que Psique debe amar a oscuras, es instada a enamorarse del alma de su esposo antes de llegar a atisbar detalle alguno de su faz inmortal.

Resulta paradójico que Psique, que en el mundo de los mortales había sido valorada solo por su aspecto físico, esté ahora sujeta a un régimen de invisibilidad, interactuando con seres incorpóreos con los que solo se relaciona por la palabra, y casada con un esposo cuyo cuerpo no le es accesible a través de la mirada, sino mediante los otros sentidos. En esta dimensión de alteridad en la que la princesa acaba de adentrarse, uno de los primeros aprendizajes consiste en ‘ver’ con los ojos del alma, y para ello la mirada convencional resulta de poca utilidad, ya que “el rostro amado escapa a todo” (Finkielkraut, 2008: 45). Esta es la enseñanza que Eros intenta inculcar a su esposa, pero Psique se resiste a renunciar a su mirada deseante y acaba transgrediendo la norma impuesta por el dios.

LA MIRADA INICIÁTICA DE PSIQUE

En el texto de Apuleyo cobran especial protagonismo las dos hermanas de Psique que, envidiosas de su fortuna, intentan convencerla de que su esposo es una serpiente monstruosa y que debe darle muerte. Las hermanas son el último nexo que conecta a Psique con el mundo de los mortales, y la princesa se resiste a desvincularse de ellas. Eros la previene en repetidas ocasiones sobre las malas intenciones de esas mujeres, pero Psique desoye las advertencias y una noche, mientras él duerme, ella enciende un candil y empuña una navaja, dispuesta a aniquilar a la supuesta bestia que yace en su cama (Apuleyo, 1992: 97-105); para su sorpresa, se encuentra con el dios del amor. La emoción del hallazgo provoca que Psique actúe con torpeza, y una gota de aceite hirviendo cae del candil y quema el hombro de Eros quien, furioso al descubrir la traición, huye de Psique, no sin antes reprenderla severamente por haber faltado a su promesa (Apuleyo, 1992: 106).

Psique se deja arrastrar por su deseo de conocimiento, el anhelo de ver el rostro de su amado es tan potente que acaba imponiéndose sobre cualquier otra consideración. “Si el amor es ciego nos torna ciegos primero a todo lo que no es él: el rostro amado tiene el monopolio del rostro” (Finkielkraut, 2008: 58-59), y conocer el rostro de Eros se convierte para Psique en un impulso irrefrenable. De modo que

la joven desobedece al dios y por medio de su escopofilia² accede a un nuevo nivel de sabiduría, el de la contemplación de lo divino, que inicialmente le había sido vetado. La curiosidad de Psique la conduce a desvelar los entresijos de ese espacio de alteridad habitado por los dioses, en el que ella es una advenediza. Psique sabe que su esposo es inmortal, ya que así se lo había anunciado el oráculo de Apolo, y en un momento dado se rebela ante la oscuridad impuesta, se resiste a aceptar que el amor es ciego y asume el riesgo de mirarlo de frente en toda su amplitud y complejidad. Incluso aunque su amante sea un monstruo deleznable, ella quiere verlo, y prefiere conjurar las tinieblas en las que Eros ha elegido escudarse y desvelar el rostro de su compañero. Esta actitud desafiante contraría al dios, cuya primera reacción es huir.

Este pasaje del mito refleja que, en cierto modo, en el rostro siempre hay algo que se escapa permanentemente, puesto que “en el otro siempre hay un exceso o una diferencia en relación con lo que yo sé de él. Esta desmesura, este exceso constante del ser apuntado respecto de la intención que lo apunta tiene el nombre de rostro” (Finkielkraut, 2008: 25). El rostro de Eros, involuntariamente expuesto a la mirada de Psique, implica para ella la constatación de que existe una dimensión insondable e inabarcable, un exceso y una distancia que la separan del esposo y que le impiden conocerlo y aprehenderlo, ya que Eros no se deja asimilar. Ahora que la joven ha descubierto la identidad de su amante se pone de manifiesto la asimetría de su matrimonio. La brecha que separa a Eros de Psique es, de momento, insalvable, pues ella es mortal y él, un dios olímpico; pertenecen cada uno a un orden ontológico distinto. Al transgredir la prohibición de mirar a Eros, Psique cobra plena conciencia de la alteridad radical que la aleja de su esposo y la relación entre ambos no puede continuar, al menos no en los mismos términos en que se había desarrollado hasta este punto del relato. No obstante, una vez traspasado el umbral que la separa del mundo humano Psique no puede volver atrás, e inicia un camino complejo y jalonado de dificultades que culminará con el feliz reencuentro entre los dos amantes.

Al atreverse a contemplar a Eros, Psique ha abierto los ojos a un nuevo plano de la existencia habitado por seres inmortales. En este mito, su recorrido en busca de su esposo alude simbólicamente a su gradual conocimiento de ese nivel ontológico al que acaba de acceder y con el que necesita familiarizarse. La alteridad de lo divino o alteridad metafísica, a la que se refiere Levinas (1999), empieza a desvelarse para Psique la primera vez que ve al dios, pero todavía ha de adentrarse más en ese entorno desconocido y seguir sondeando lo divino antes de poder reunirse con Eros y permanecer junto a él en pie de igualdad. Entre otras cosas, Psique debe robar lana de un rebaño de ovejas doradas, recoger agua de los ríos del infierno, o transitar por el reino del Hades; todas ellas son tareas de carácter iniciático que le permiten asomarse a distintas regiones del orden divino. Puede apreciarse aquí un paralelismo con el mito platónico de la caverna: el alma que intenta salir de sus profundidades ha de encarar peligros y situaciones arriesgadas antes de lograr la recompensa final, la contemplación de las ideas.

² La noción de ‘escopofilia’ se asocia al placer obtenido a través de la mirada y está estrechamente conectada con el deseo erótico. Sobre este tema *cfs.* Mulvey 1975 6-18.

Quien ama corre riesgos, y “la gama de contrariedades que se puede sufrir por amar es muy amplia” (Cruz, 2010, 41). Si el objeto amoroso es nada más y nada menos que Eros, el dios del amor, las dificultades se incrementan exponencialmente. Pero en este recorrido el alma-Psique no vaga sin rumbo sino que cuenta con el favor de los dioses, especialmente de Apolo, aunque también de Deméter o del propio Zeus, que la ayudarán a completar todas las pruebas que Venus le impone. De hecho, si Psique no contase con el beneplácito de las deidades no podría transitar impunemente por las regiones divinas y sería duramente castigada por su osadía, tal y como sucede en otros mitos griegos. A modo de ejemplo pueden citarse el castigo que Zeus impone a Prometeo por haber robado el fuego divino, o el eterno suplicio de Tántalo, que divulgó entre los mortales los secretos de los dioses olímpicos; estos pasajes dan testimonio de la cólera y crueldad que los dioses dirigen contra quien actúa sin su beneplácito.

En la última fase de su periplo, Psique desciende hasta el Hades para pedir a Perséfone un poco de su hermosura. Recibe de la diosa subterránea una cajita que ha de ser entregada a Venus, pero durante el regreso cede a la tentación de abrir la caja y su curiosidad es de nuevo castigada, ya que dentro del recipiente solo hay “un Sueño infernal y profundo, el cual, como fue destapado, cubrió a Psiques de una niebla de sueño grueso, que todos sus miembros le tomó y poseyó, y en el mismo camino por donde venía cayó durmiendo como una cosa muerta” (Apuleyo, 1992: 125). En esa ocasión, el propio Eros se compadece de Psique y acude a liberarla del abrazo de Morfeo.

La iniciación o catarsis de Psique concluye cuando desciende al infierno y regresa de él, aunque ese viaje reviste gran complejidad y para culminarlo ella debe, en cierto modo, morir, aunque se trate de una muerte pasajera inducida por el dios del sueño y rápidamente conjurada por Eros, el dios del amor. Según este mito Psique ‘muere’ dos veces, en sentido simbólico, antes de hacerse inmortal: primero ‘muere’ para el mundo de los vivos, del que se desvincula totalmente, y después ‘muere’ para el mundo de los muertos, pues una deidad surgida de las profundidades del infierno le induce un sueño letal. Ella deja atrás el mundo humano y recorre los reinos de las divinidades, primero de la mano de su esposo y después en solitario -aunque en todo ese itinerario la principal motivación de Psique es su amor por Eros y el deseo de reencontrarlo-.

Esta historia tiene un final feliz: el amor triunfa sobre la muerte, Eros se reúne con su amada y Zeus legitima la unión y cancela la desigualdad entre los cónyuges al premiar a Psique con la inmortalidad. Los amantes reciben entonces su esperada recompensa: la unión total y definitiva de ambos. El deseo de alteridad vinculado a la pasión amorosa se ve así colmado, Eros y Psique satisfacen su anhelo de fusión, conexión y posesión del otro, y lo hacen además de manera estable y eterna. Esta máxima felicidad que realiza y culmina el sentimiento amoroso se presenta aquí de manera idealizada, con unos rasgos de totalidad y completud que solo son alcanzables en el orden divino. En el mundo humano, por regla general, la conexión entre dos amantes es menos perfecta y más inestable que la que este mito refleja.

ROSTRO Y APERTURA A LA ALTERIDAD

Otro aspecto destacado de este mito, ya que atañe directamente a la cuestión de la alteridad, gira en torno a la importancia del rostro. En este sentido coincidimos con Levinas en que “el modo por el cual se presenta el Otro, que supera la idea de lo Otro en mí, lo llamamos, en efecto, rostro” (Levinas, 1999: 74). En el rostro ajeno se concreta y explicita la alteridad, y comparecer ante él supone abrirse a esa alteridad y captarla en su diferencia. La presencia del Otro se percibe fundamentalmente a través de su rostro y su mirada, y solamente así se puede llegar a conocer y reconocer al otro en su especificidad, en tanto que ser único e irrepetible. “El rostro amado se nos escapa y en esto estriba la maravilla de la alteridad” (Finkielkraut, 2008: 55).

Esta tesis ofrece una perspectiva adecuada para interpretar el mito de Eros y Psique, ya que ella no logra captar la alteridad de Eros hasta que no percibe su rostro. Eros ya ha visto previamente el rostro de Psique, la ha contemplado y reconocido en su alteridad, pero al inicio de su matrimonio ella es privada de esa posibilidad, su marido no quiere ser (re)conocido por Psique, mantiene el anonimato e impide así que su esposa tenga pleno acceso a la identidad-alteridad de Eros en su dimensión divina; él se muestra únicamente en su faceta de esposo-amante y oculta los demás aspectos.

Eros ama plenamente a Psique desde el instante en que la ve -él mismo admite que se clavó una de sus flechas en presencia de la joven dormida (Apuleyo, 1992: 106) -, pero no permite que haya reciprocidad en ese sentido. Sin embargo, Psique no puede amar por completo a su esposo hasta que no logre equiparar ese conocimiento, es decir, hasta que no vea el rostro de Eros. Psique desatiende la prohibición y contempla al esposo por primera vez, y además lo hace de manera análoga a como Eros la vio primero a ella, ya que la esposa enciende un candil y observa las facciones del marido mientras él duerme. En ese momento Psique alcanza la plenitud de su afecto por Eros, en parte porque se clava una de las flechas del esposo (Apuleyo, 1992: 106), pero sobre todo porque ahora conoce en toda su magnitud la alteridad que el dios representa, ya que “la presentación del rostro me pone en relación con el ser” (Levinas, 1999: 225) sin restricciones ni ocultamientos. Psique desea tener ese tipo de relación con su compañero, y por ello incumple el mandato de oscuridad que Eros ha querido imponerle.

La mirada de ella es una mirada deseante y cargada de erotismo, al igual que lo había sido la mirada de Eros la primera vez que vio a Psique. Los dos amantes canalizan e incrementan su pasión por medio de la vista, órgano privilegiado en lo que respecta al amor, una “experiencia donde el Otro, que nos es extranjero e indiferente, no pertenece al orden de nuestros intereses ni al orden de nuestras afecciones, sin embargo nos mira. Su alteridad nos concierne” (Lozano Suárez, 2015: 213). La presencia del ser querido es importante, pero insuficiente para Psique si no se complementa con la visualización del objeto amoroso, y en concreto de su rostro. Ella siente un intenso deseo de mirar y ser mirada por Eros.

Cuando se da esa reciprocidad en las miradas, y cada rostro se dirige al rostro del Otro y lo reconoce en su alteridad, surge un movimiento ético que Levinas describe

en estos términos: “El rostro que me mira me afirma” (2001: 48). Además, esa interconexión a través de la mirada marca para el filósofo lituano el inicio de la comunicación y del lenguaje, porque la alteridad del otro solo me es accesible -y a la vez inasequible e inaprehensible- a través de un rostro que habla, hasta el punto de que “el rostro es el inicio de la inteligibilidad” (Lozano Suárez, 2015: 210). En el mito que aquí analizamos esa comunicabilidad está retenida en las sombras, la gestualidad de sus protagonistas permanece oculta e invisible: Eros y Psique dialogan en la oscuridad, sin verse los rostros, y esto provoca que el conocimiento que cada uno tiene de la alteridad del otro resulte incompleta.

La apertura y el encuentro entre los amantes no son algo inmediato ni espontáneo en esta historia, ya que Eros no desea comparecer ante los ojos de su esposa y quiere que su rostro permanezca ensombrecido, de ahí que en un principio la mirada de Psique sea rechazada por el dios. A pesar de esa desavenencia óptica, es evidente que Eros acepta y ama a Psique desde la primera vez que la ve, y que además está dispuesto a comprometerse con ella hasta sus últimas consecuencias; aflora ahí un sentido ético de la relación entre ambos. De igual manera, Psique comienza a amar a Eros desde que se convierte en esposa de él, y ese afecto aumenta cuando ella percibe su rostro. Sin embargo, en el primer momento en que están uno frente al otro, mirándose, lo que emerge no es amor ni compromiso, no hay afirmación sino reprobación por parte de él.

Eros se siente descubierto y traicionado, Psique se desespera ante la perspectiva de que su esposo la abandone como castigo a su desobediencia. La siguiente vez que los amantes se encuentren, ella tendrá de nuevo los ojos cerrados, en esa ocasión debido al profundo sueño que le ha inducido Morfeo y del que Eros la rescata. Así, en este mito se da una alternancia de ‘abrir y cerrar de ojos’ cargada de simbolismo. Cada uno ve al otro por primera vez mientras el otro duerme, la primera confrontación de ambos -los dos con los ojos abiertos, rostro frente a rostro- es sumamente tensa y desemboca en la separación de los amantes, y cuando vuelven a coincidir ella tiene otra vez los ojos cerrados. El ciclo se completa cuando Psique es despertada por Eros de ese sueño letal; a partir de entonces ya no cerrará más los ojos, sino que los abre a la inmortalidad. Se ha hablado aquí ampliamente de la transformación de Psique a lo largo del relato mítico, pero también es interesante reparar en el cambio que se produce en Eros, quien al inicio del mito está empeñado en evitar a toda costa que la esposa lo vea, se enfurece cuando ella incumple la prohibición, y acaba por usar su poder divino para conseguir que Psique despierte de su sueño infernal y contemple nuevamente el rostro de su amado Eros, esta vez sin reticencia alguna por parte de él. Este recorrido del dios podría resumirse, sintéticamente, como el paso de la oscuridad a la luz, o de la invisibilidad a la visibilidad.

IDENTIDAD Y ALTERIDAD: LA UNIÓN FECUNDA DE LOS AMANTES

El sentimiento amoroso siempre tiene algo de paradójico, en tanto que pretende ser la unidad de una dualidad (Luhmann, 2008: 189), o una fusión de dos entes heterogéneos. En nuestro mito, el deseo de conexión con la alteridad que experimentan tanto Eros como Psique culmina en la unión de los dos amantes, de la

que nacerá una hija. Esa fecundidad de la relación se pone de manifiesto al inicio del relato de Apuleyo, cuando el esposo todavía insiste en mantener el anonimato y además pide a Psique que guarde el secreto de su embarazo: “acrecentaremos nuestro linaje, que aun este tu vientre niño otro niño trae ya dentro, y si tú encubrieres este secreto, yo te digo que será divino, y si lo descubrieres, desde ahora te certifico que será mortal” (Apuleyo, 1992: 100). Está implícita aquí la idea de que para que el alma engendre lo divino tiene que desvincularse de lo mortal, lo cual entronca con las tesis platónicas. El dios Eros-amor le indica a Psique-alma el camino ascendente que la conduce hacia la inmortalidad, a la vez que la previene de los peligros de perderse en lo terrenal. Las hermanas de Psique, que representan su vínculo con el mundo de los mortales, acaban sabiendo que su hermana está grávida e intentan inculcarle temor hacia el esposo: “Cuando ésta tu preñez estuviere más crecida y tú estuvieres bien llena, por gozar de más hartura que te ha de tragar” (Apuleyo, 1992: 100), le dicen a Psique en un intento de alejarla de su marido³.

En la narración mítica, la gestación de Psique pasa a un segundo plano a partir de ese momento, ya que ella transgrede la prohibición de ver a Eros y después ha de realizar diversas pruebas impuestas por Venus para cancelar su culpa y lograr el perdón del esposo; deducimos que todas esas tareas las lleva a cabo mientras una criatura crece en su vientre, ya que en el final del mito, cuando se relata la boda de Eros y Psique, se alude a la hija que nació después del enlace: “Y estando ya Psiques en el tiempo del parir, les nació una hija, a la que llamamos Placer” (Apuleyo, 1992: 127).

Las alteridades representadas por Eros y Psique, inicialmente caracterizadas en ese mito como distantes y heterogéneas, tienen no obstante un carácter dinámico que, a lo largo del relato, permite el gradual acercamiento entre los dos protagonistas, hasta culminar en una fusión donde Psique se equipara a Eros -ella alcanza el conocimiento de todas las regiones divinas y recibe la inmortalidad- y esa unión fructifica y se explicita en el nacimiento de su descendencia, que da continuidad y solidez a la ligazón de la pareja. Se ejemplifica aquí la tesis de Schopenhauer acerca del amor como pulsión de perpetuarse en otros seres y fundamentada en “un instinto dirigido a la reproducción de la especie” (Schopenhauer, 1970: 31). El objetivo final del impulso amoroso es la creación de un ser nuevo, y la criatura engendrada se entiende como una prolongación de la propia existencia. La mirada tiene un papel primordial en el origen del sentimiento amoroso y en lo que surge a partir de él, puesto que “el verdadero *punctum saliens* de la vida es, en realidad, el instante en que nuestros padres comienzan a amarse, [...] del encuentro y adhesión de sus ardientes miradas nace el primer germen del nuevo ser” (Schopenhauer, 1970: 23). El intercambio de miradas entre dos amantes tiene así un efecto multiplicador, ya que da lugar al erotismo y activa el instinto reproductivo que, llevado a término, culmina en la procreación.

³ Este pasaje remite al mito teogónico de Atenea, según el cual Zeus engulló a la gestante Metis y algún tiempo después nació Atenea, la hija, surgida directamente de la cabeza de su padre.

El deseo erótico articula la relación del sujeto con aquello que no es él mismo, con lo otro, es decir, con aquello que es diferente, extraño, novedoso, esperado o ausente. Y, precisamente “la satisfacción del deseo es la transformación de la diferencia en identidad” (Butler, 1999: 9), en tanto que hay dos alteridades que convergen en el encuentro amoroso, donde sus voluntades se unen armoniosamente. Empero, ya Levinas advierte que la plena fusión erótica es imposible, “pues el amado como Otro se mantiene a distancia incluso en la piel que ofrece a la caricia, en el vínculo entre el Mismo y el Otro se mantiene la alteridad” (Di Giacomo, 2016: 56) que resulta ontológicamente insalvable. Entonces, aunque haya una proximidad creciente entre Eros y Psique, la identificación total y absoluta entre ambos no llega a darse sino que siguen siendo, inexorablemente, alteridad el uno para el otro.

Hedoné, la voluptuosidad o placer sensual, es la hija de Eros y Psique, y su nacimiento simboliza el deseo de fusión con la alteridad que sienten sus progenitores. El padre y la madre están ontológicamente privados de la posibilidad de unirse de manera absoluta -en este sentido el deseo erótico es siempre fallido, fracasa en su empeño de plena disolución en el ser amado-, pero cabe la posibilidad de que su unión se absolutice en su descendencia, que reúne y condensa las respectivas alteridades de la pareja que la engendra. De este modo “la voluptuosidad se transfigura en fusión, pero en una fusión externa a los términos que en balde intentan fundirse, es decir, en una fusión trascendente a la voluptuosidad de los amantes” (Di Giacomo, 2016: 63). Desde esta perspectiva, procrear es dar vida a un ser cuya identidad se conforma a partir de una combinación de dos alteridades, y que además las trasciende a ambas.

Hedoné es la culminación de la relación amorosa entre Eros y Psique y encarna la solidez del vínculo que une a ambos. En el orden simbólico esta divinidad alude al goce sensorial al que los dos amantes pueden acceder sin restricciones, una vez que ha desaparecido la prohibición de verse. Desde esa lectura es significativo que esta hija sea engendrada cuando sus progenitores aún permanecen a oscuras, pero solo nace después de que la relación de ambos sale a la luz; de hecho, los recíprocos afectos de Eros y Psique acaban situándose en una posición de máxima visibilidad, y no solo porque el dios acepta finalmente mostrarse ante su esposa tal y como es, sino también porque el propio Eros refrenda y conmemora su amor por Psique ante todos los dioses del Olimpo, incluida su propia madre, Venus, que en principio había sido muy reacia a aceptarla como nuera. Eros y Psique son plenamente felices y disfrutan de una unión duradera cuando consiguen vencer todas las dificultades, reconectar sus respectivas alteridades y superar la distancia ontológica inicial que los separa. Hedoné es la metáfora de ese goce de la plenitud amorosa que, para esta pareja inmortal, es eterna.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de estas páginas se han analizado los diversos aspectos de la mirada amorosa que están presentes en el mito de Eros y Psique. Este relato ha servido para profundizar en la exégesis de la pasión erótica, entendida aquí como un deseo de alteridad que surge y que se reafirma a través de la visión del objeto amoroso. La mirada sensual de Eros es el arranque del idilio con Psique, donde se suceden y

entrecruzan las miradas y los ocultamientos, y donde además cada una de esas alternancias arrastra consigo una densidad simbólica que aquí se ha intentado desentrañar.

Ya sea porque no todo lo que se ve es visible a la luz, como afirmaba Aristóteles en *De anima*, o porque los amores entre dioses y humanos son difíciles de consolidar, Psique es instada a completar un proceso de aprendizaje perceptivo que se inicia entre tinieblas y culmina felizmente en el grado sumo de luminosidad.

Eros y Psique son, el uno para el otro, alteridad deseante y deseada, y esa polaridad es el hilo conductor que liga a los dos personajes a lo largo del mito. Eros, dios caprichoso, aspira a ejercer sobre su esposa un poder panóptico, quiere ver sin ser visto, pero Psique se sustrae a esa dominación y logra eludirla, al menos momentáneamente, encendiendo una luz en la cámara nupcial sobre la que pesaba un mandato de penumbra. A partir de ese momento ella cobra conciencia del poder de su mirada y la empleará para descubrir todos los secretos del linaje divino al que está llamada a pertenecer. Con ojos curiosos, impulsada por su mirada deseante de alteridad, Psique recorre las regiones y mansiones de todas las deidades celestes y subterráneas, e incluso se atreve a abrir una caja salida del infierno para ver su contenido. En el fondo está la negrura máxima, la oscuridad del Hades, que ni la propia Psique puede combatir por sí sola. En ese instante se destaca la mirada deseante de Eros que, impaciente por reencontrar a su esposa, ilumina la escena y conjura las sombras del reino de los muertos. Ahí se cierra el ciclo que se había iniciado cuando Psique iluminó a Eros mientras este dormía; ahora es él quien la ilumina a ella. A partir de ese momento ambos amantes se unen indisolublemente en un lazo que colma su deseo de alteridad. De su vínculo nace la voluptuosidad, el placer sensible, identificado con el deleite que experimentan Eros y Psique cuando por fin logran contemplarse recíprocamente y dar rienda suelta a su pasión amorosa.

En definitiva, este mito pone de manifiesto que la mirada erótica, cuando va acompañada del sentimiento amoroso y es guiada por la inteligencia del alma, es fecunda y capaz de engendrar vida, es decir, desemboca en una existencia placentera y llena de pasión. Eros y Psique simbolizan la comunión de dos alteridades que se buscan, se contemplan y se desean a través de todas las dimensiones de lo humano y de lo divino.

BIBLIOGRAFÍA

APULEYO, Lucio. (1992). *El asno de oro*. Madrid: Sociedad Anónima de Promoción y Ediciones.

BUTLER, Judith. (1999). *Subjects of desire. Hegelian Reflections in Twentieth-Century France*. New York: Columbia University Press.

COMTE-SPONVILLE, André. (2012). *Ni el sexo ni la muerte. Tres ensayos sobre el amor y la sexualidad*. Barcelona: Paidós.

- CRUZ, Manuel. (2010). *Amo, luego existo. Los filósofos y el amor*. Madrid: Espasa.
- DI GIACOMO, Mario. (2016) "Caricia, alteridad y trascendencia en el pensamiento de Emmanuel Levinas". *Apuntes Filosóficos*, 25 (48), pp. 46-68.
- FINKIELKAUT, Alain. (2008). *La sabiduría del amor. Generosidad y posesión*. Barcelona: Gedisa.
- GRAVES, Robert. (2016). *Los mitos griegos*. Barcelona: Ariel.
- GRUBE, George Maximilian Antony. (1987) *El pensamiento de Platón*. Madrid: Gredos.
- GUERBER, Harriet. (2000). *The Myths of Greece and Rome*. Ware: Wordsworth.
- HESIODO. (1990). *Obras y fragmentos. Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Fragmentos y Certamen*. Madrid: Gredos.
- LEVINAS, Emmanuel. (2001). *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Valencia: Pre-textos.
- LEVINAS, Emmanuel. (1999). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- LOZANO SUÁREZ, Luz María. (2015). "El Amor: una de-subjetivación del sí mismo desde la perspectiva de Emmanuel Levinas". *Revista Amauta*, 25, pp. 207-215.
- LUHMANN, Niklas. (2008). *El amor como pasión. La codificación de la intimidad*. Barcelona: Península.
- MERLEAU-PONTY, Maurice. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- MULVEY, Laura. (1975). "Visual pleasure and narrative cinema". *Screen*, 3 (16), pp. 6-18.
- OVIDIO. (1993). *Amores. Arte de amar*. Madrid: Cátedra.
- PÁJARO, Carlos Julio. (2008). "Eros, Psyqué y Manía: los recursos de la inspiración filosófica según Platón". *Eidos*, 9, pp. 134-164.
- PLATÓN. (1986). *Diálogos Vol. III: Fedón, Banquete, Fedro*. Madrid: Gredos.
- SAMBURSKY, Samuel. (1990). *El mundo físico de los griegos*. Madrid: Alianza Editorial.

SAMONÀ, Leonardo. (2005). *Diferencia y alteridad. Después del estructuralismo: Derrida y Levinas*. Madrid: Akal.

SCHOPENHAUER, Arthur. (1970). *El amor, las mujeres y la muerte*. Madrid: EDAF.

